



XVI

Los versos

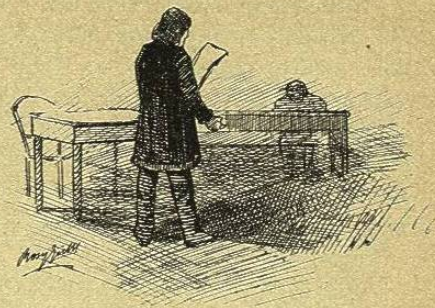
COSA de un mes después de nuestra llegada á Moscova, hubiérame visto en el salón de arriba, en casa de nuestra abuela, sentado ante una gran mesa y escribiendo; enfrente de mí se hallaba el profesor de dibujo, dando los últimos toques á una cabeza de turco, con turbante y todo, dibujada al lápiz. Volodia se hallaba sentado detrás del profesor, y con el cuello estirado iba siguiendo con gran atención el trabajo del maestro. La tal cabeza era la primera obra hecha por Volodia al lápiz negro, y aquel mismo día la había de presentar á nuestra abuela, pues era su fiesta patronímica.

—Y aquí no ponéis un poquitín de sombra?—preguntó Volodia á su maestro, levantándose sobre la punta de los pies y señalando el cuello del turco.

—No, es inútil—dijo el profesor mientras cerraba el lápiz y el porta-lápiz en una cajita de tapa corredera;—ahora está muy bien, y os recomiendo que no toquéis en él nada... Vaya! y vos, Nikolenka,—añadió levantándose y sin dejar de mirarse al turco—decidnos ya vuestro secreto; qué le ofrecéis á vuestra abuela? Lo mejor, en verdad, hubiera sido dibujar una hermosa *testa* como esa... Adios, señores!—dijo finalmente, mientras tomaba su sombrero y salía.

También yo pensé en aquel momento que, en efecto, una *testa* hubiera sido mucho mejor que lo que yo preparaba. Cuando se nos

previno que la fiesta de nuestra abuela se aproximaba y que habíamos de preparar para aquel día algún presente ó regalo, se me ocurrió que podía escribirle unos versos, y apenas lo hube pensado me encontré con dos versos rimados... lo demás vendría pronto. No sé comprender cómo ni por qué me vino tan extraña idea, siendo yo un niño; recuerdo tan sólo que esa idea me encantó, y que á cuantas preguntas se me hacían sobre eso, yo contestaba que ofrecería el día fijado un presente á mi abuela, pero no quería decir á nadie en qué había de consistir ese presente.



Contra lo que yo esperaba, sucedió que, después de los dos versos que compuse en el momento de la inspiración, á pesar de cuantos esfuerzos hice, no pude hallar los que habían de seguirles. Púseme entonces á leer con gran afición los versos que había en nuestros libros; pero ni Dmitriev, ni Derjavine me ayudaron poco ni mucho; al contrario, cuanto más los leía más patente se me hacía mi incapacidad. Sabiendo que Karl Ivanovitch era muy aficionado á copiar y á guardar gran número de versos, me puse á rebuscar entre sus papeles, y entre innumerables versos alemanes, encontré los siguientes, sin duda salidos de su propia pluma:

A la señora L... en Petrovskoi, 3 de junio de 18...

Acordaos de cerca,
acordaos de lejos,
acordaos de mí,
acordaos hoy y siempre,
acordaos hasta la tumba
de que yo pude fielmente amaros.

KARL MAYER.

Estos versos, escritos con una hermosa redondilla, en un magnífico papel de cartas, me gustaron mucho por la profunda sentimentalidad de que estaban penetrados; enseguida me los aprendí de memoria, resuelto á tomarlos por modelo; de este modo, la cosa

marchó en verdad perfectamente. El día de la fiesta tenía ya lista mi felicitación en doce versos, é instalándome en la mesa de la clase empecé á copiarla en un magnífico papel.

Bien pronto hube echado á perder dos hojas de ese papel... no que quisiese corregir nada, pues los versos me parecían excelentes; mas, á partir del tercero, las líneas iban torcidas y subiendo cada vez más, y aún mirado de lejos, se veía enseguida que todo el escrito iba de través y hacía muy feo. La tercera copia que hice estaba tan mal como las otras dos, pero decidí no hacer ninguna nueva. En mi poesía, felicitaba á nuestra abuela y le deseaba una larga vida y una excelente salud, acabando de este modo:

Nos esforcemos todos en consolarte,
Y te amaremos como si fueses nuestra madre.

Me parecía bastante bien la cosa, aunque en realidad el último verso me sonaba mal al oído.

«Y te amaremos como si fueses nuestra madre», iba repitiendo yo á media voz; pero qué otra rima poner en lugar de madre? Jugar?... Lecho?... (1) Bah! ya está bien, y aún mejor está que los versos de Karl Ivanovitch.

Y escribí finalmente el último verso. Luego, en el cuarto de dormir, me puse á leer en alta voz toda mi poesía, dándole la más melodiosa entonación que pude y con todos los gestos adecuados... Verdad que alguno de los versos carecía de toda medida, mas yo no me detuve en cosa de tan poca monta. Sin embargo, el último verso me chocó todavía más que antes; me senté en la cama y me puse á reflexionar...

«Por qué he escrito *como si fueses nuestra madre*? Puesto que no está aquí, no había para qué hablar de ella; verdad que quiero mucho á mi abuela, verdad que la respeto, pero... no es precisamente lo mismo; por qué habré escrito esto, por qué habré mentido? Cierto que esto son versos, pero no había necesidad de mentir».

En este momento entró el sastre que me traía mi trajecito nuevo.

—Bah! quede así!—exclamé con fuerte impaciencia, y con cierto despecho escondí los versos debajo de la almohada y corrí á probarme el traje del sastre de Moscova.

Los trajes de Moscova si que eran magníficos trajes: los de los niños, color de canela, guarnecidos con botones de cobre, iban

(1) Las palabras *jugar* y *lecho*, en ruso *igrat*, *krovat*, riman con la palabra *mat*.

ajustados al talle—qué diferencia con nuestros trajes del campo! —luego unos pantalones negros, muy estrechos, moldeaban maravillosamente las piernas y caían sobre los zapatos.

«Al fin, también yo tengo pantalones caídos»—iba pensando mientras transportado de alegría me miraba los pies por todos lados. Aunque el traje me venía muy estrecho y metido en él me sentía grandemente cohibido, no dije nada á nadie, declarando por el contrario, que me iba perfectamente y que si ese traje tenía algún defecto era el de pecar todavía de ancho. Después de esto, permanecí largo tiempo ante el espejo, poniéndome la cabeza llena de pomadas; pero, aunque hice lo imposible, no pude llegar á aplacar un mechoncito de cabellos que me salía por arriba; en el momento en que, para probar su obediencia, dejaba de pasar por encima de él mi cepillo, se erizaba ya de un lado ya de otro, dando á mi rostro una expresión verdaderamente grotesca.

Karl Ivanovitch se vestía también en el cuarto de al lado, detrás de la sala de clase, y le llevaron también un traje azul y diferentes prendas de ropa blanca. Junto á la puerta que conducía á los pisos inferiores, se oyó la voz de una de las camareras de mi abuela, y yo salí para ver lo que quería. Llevaba en la mano un plastrón de camisa fuertemente planchado y me dijo que lo llevaba á Karl Ivanovitch, sin haber podido dormir en toda la noche para tenérselo á punto. Yo me encargué de hacerle personalmente entrega del plastrón, y pregunté á la criada si mi abuela se había levantado ya.

—Cómo levantada! Ha tomado ya su café y el arcipreste ha llegado hace rato!... Qué bien estáis!... —añadió sonriendo, mientras contemplaba mi traje nuevo.

Estas palabras me hicieron sonrojar, dí una vuelta sobre mis talones é hice chasquear los dedos, como para decirle que aun no sabía hasta qué punto, en efecto, estaba yo hermoso.

Cuando traje el plastrón á Karl Ivanovitch ya no lo necesitaba,



pues había echado mano de otro, y, inclinado ante el pequeño espejo que tenía colocado sobre la mesa, sostenía con las dos manos una hermosísima corbata de seda, probando de hacer surgir de ella su barbilla cuidadosamente afeitada. Nos arregló el vestido, tirando por todos lados, y pidió á Nikolai que le hiciera el mismo servicio á él, conduciéndonos finalmente al salón donde estaba nuestra abuela. Me río todavía pensando en el fuerte olor de pomada que despedíamos todos tres mientras subíamos la escalera.

Karl Ivanovitch llevaba en la mano una pequeña cajita fabricada por él, Volodia llevaba su cabeza de turco, y yo mis versos, y cada uno de nosotros llevaba también, como si dijéramos en la punta de la lengua, las palabras con que haría el ofrecimiento de su regalo.

En el momento en que Karl Ivanovitch abría la puerta del salón, el sacerdote se ponía la casulla y pronunciaba las primeras palabras de la plegaria dando gracias.

Nuestra abuela estaba en el salón; casi doblado el cuerpo, se apoyaba en el respaldo de una silla y rogaba con verdadero fervor. Papá estaba á su lado, y al vernos entrar dirigió hacia nosotros su mirada y se sonrió al ver el afán con que cada uno de nosotros se esforzaba por esconder á la espalda los presentes que llevábamos preparados y al ver que para no ser descubiertos nos habíamos quedado casi junto á la misma puerta. Todo el efecto de la sorpresa con el cual tanto habíamos contado, nos fallaba ya en absoluto.

Al comenzar el desfile ante la cruz, me invadió de pronto una penosa impresión de malestar debido á mi insuperable timidez, y pareciéndome que ni valor tendría para hacer el ofrecimiento de



mi regalo, me escondí detrás de Karl Ivanovitch, el cual, con palabras las mejor escogidas, felicitaba ya á nuestra abuela, y después de haber pasado varias veces su cajita de la una á la otra mano, se la entregó por fin, y se separó un poco para dejar el sitio á Volodia. A mi abuelale gustó extraordinariamente la cajita adornada con pequeños bordes dorados, y con la más amable sonrisa expresó su reconocimiento. No obstante, era fácil adivinar que la buena anciana no sabía dónde meter la caja, ni qué hacer de ella, y sin duda por esto se la enseñó á papá, alabando el arte exquisito

con que estaba hecha. Después de haberla examinado, papá la puso en manos del arcipreste, á quien pareció gustar muchísimo el pequeño objeto; meneaba satisfecho la cabeza, y ora contemplaba la cajita, ora dirigía la mirada al autor de semejante obra maestra. Hizo Volodia ofrecimiento de su cabeza de turco y recibió también las más calurosas felicitaciones y alabanzas. Y con esto llegó finalmente mi vez, y mi abuela, dibujando en sus labios una alentadora sonrisa, se dirigió á mí.

Los que hayan sentido en algún momento de su vida la timidez, saben que este sentimiento crece en relación directa del tiempo en que se vive dominado por él, y que el valor disminuye en relación inversa, ó sea: que cuanto más dura ese estado, hácese más penoso y es más difícil vencerlo.

El escaso valor ó atrevimiento que me quedaba, fué desapareciendo mientras Karl Ivanovitch y Volodia hacían el ofrecimiento de sus regalos, y llegó mi timidez al último límite. Instantáneamente sentí que toda la sangre del corazón me subía á la cabeza, y me sentí cambiar el color de la cara, mientras de la frente y de la nariz me resbalaban gruesas gotas de sudor. Mis orejas ardían, y sentía á un mismo tiempo temblores de frío y espasmos de calor... sin pronunciar palabra, no hacía mas que apoyar todo mi cuerpo ora sobre un pie ora sobre el otro.

—Anda, Nikolenka, muéstranos lo que has hecho... se trata de una cajita ó de un dibujo también?—dijo papá.

Ya no había escapatoria; con mano trémula presenté la hoja fatal, ya muy arrugada, pero la voz se negó en absoluto á servirme, y sin decir palabra me quedé plantado delante de mi abuela. Me rebelaba entonces contra la idea de que, en vez de examinar el dibujo que todos esperaban, iban á ser leídos en alta voz y delante de todo el mundo mis versos que no valían nada... y con aquellas palabras: *como si fueses nuestra madre*, las cuales bien claramente demostraban que no la había amado jamás y que la tenía ya olvidada. Cómo describir la angustia que sentí cuando mi abuela fué leyendo en alta voz mis versos, y cuando, haciéndosele dificultosa la lectura se detuvo en mitad de un verso, y con una sonrisa, que entonces me pareció burlona, se quedó mirando á papá, y también cuando no pronunciaba una palabra tal como yo quería, y aun más cuando, á causa de la debilidad de su vista, entregó el pliego á papá, pidiéndole que recomenzase la lectura desde el principio. Me pareció en aquellos momentos que lo hacía porque estaba ya cansada de leer versos tan malos y para que papá por sí mismo

leyese el último verso en que se ponía tan de relieve mi falta absoluta de amor filial.

Lo que yo me esperaba es que papá me diese con los versos en la nariz diciéndome: «Mal hijo... por qué olvidas á tu madre?... He aquí lo que mereces!» Pero nada de esto sucedió; al contrario, apenas acabada la lectura, mi abuela exclamó: «Oh! muy bien, muy bien!» y me besó en la frente.

La cajita, el dibujo y los versos fueron colocados junto á dos pañuelos de batista y una tabaquera adornada con el retrato de mamá, todo ello puesto en una tablita que se adaptaba al sillón en que siempre se sentaba mi abuela.

—La princesa Varvara Ilinichna—anunció uno de los criados que acompañaban á mi abuela cuando salía en carruaje.

La venerable anciana se quedó pensativa mirando el retrato de la tabaquera, y no dijo nada.

—Vuestra Excelencia dará orden de que pase?—repitió el criado.



XVII

La princesa Kornakhova

QUE pase—dijo la abuela arrellenándose en el sillón.

La princesa era una mujer de cuarenta y cinco años, pequeña, seca, biliosa, con unos ojos verde-gris muy desagradables y cuya expresión no se avenía muy bien con la de su boca, cuyos pliegues esforzábanse en denotar cierta bondad, quizás fingida. Bajo el sombrero de terciopelo adornado con plumas de avestruz, se le veían sus cabellos de un rojo muy claro; las cejas y las pestañas parecían mucho más claras todavía, y mucho más rojas en contraste con el tinte enfermizo de la cara. Sin embargo de todo esto, y gracias sin duda á sus desenvueltos ademanes y á sus manos diminutas y huesosas, el aspecto general de su persona tenía algo de muy noble y muy enérgico.

La princesa hablaba muchísimo, y por su charla era mujer que pertenecía á esa especie de gentes que hablan siempre como si alguien les contradijese, aunque ninguno de los que escuchan diga palabra. Ora levantaba la voz, ora la bajaba de un modo gradual; otras veces, súbitamente, con nueva vivacidad, se ponía á hablar mirando á los que no tomaban parte alguna en la conversación, como si con ello quisiese fortificarse en su modo de ver.

Aunque la princesa besó la mano de mi abuela, á quien llamaba siempre, en francés, *mi buena tía*, yo noté que la noble anciana no la veía con muy buenos ojos, y frunció de un modo muy parti-

cular las cejas al oír la explicación de por qué el príncipe Mikhailo no había podido venir á felicitar á la abuela, á pesar de que tenía vivísimos deseos de hacerlo; entonces, contestando en ruso á la charla en francés é inacabable de la princesa, dijo mi abuela alargando mucho las palabras:

—Os estoy muy reconocida, amiga mía, por vuestras atenciones y si el príncipe Mikhailo no ha podido venir... es bien excusable, pues tiene siempre tanto qué hacer! Y en fin, para decir la verdad, qué atractivo había de tener para él pasarse el tiempo con una vieja como yo?—Y sin dejar á la princesa ocasión de contradecir sus palabras, siguió diciendo:—Y vuestros niños qué tal, mi querida amiga?

—Gracias á Dios, mi buena tía, van creciendo, trabajan, se divierten... sobre todo el mayor, Esteban; es tan malo que no es posible hacer de él nada de provecho; pero es muy inteligente... es un chico que promete. No podríais imaginaros, mi querido primo, —continuó dirigiéndose solamente á papá, pues mi abuela no se tomaba el menor interés por los hijos de la princesa, y queriendo, sin duda, alabar á sus nietos, sacó de debajo de la cajita los versos y empezó á desdoblar el papel;—no podríais imaginaros la que ha hecho ahora hace pocos días...

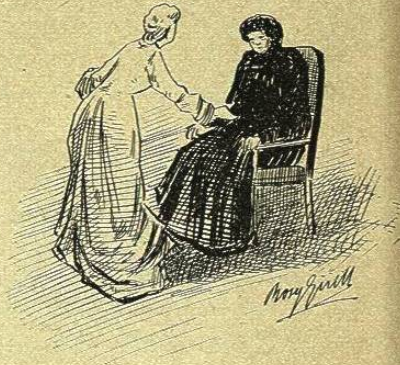
Y la princesa, inclinándose hacia papá, empezó á contarle algo en voz baja, pero con mucha animación. Al acabar la relación, de la que no pude oír una sola palabra, rompió á reír estrepitosamente, y mirando á papá, exclamó:

—Verdad que es malo, mi querido primo? Merecía, sin duda, ser azotado, pero es tan espiritual, tan... alegre, que de todas veras se lo he perdonado, mi querido primo.

Y la princesa, sin añadir palabra, se quedó mirando á mi abuela riéndose todavía.

—Acaso *pegáis* á vuestros hijos, querida?—dijo entonces mi abuela frunciendo las cejas del mismo modo que antes y acentuando mucho la palabra *pegáis*.

—Ah! mi buena tía,—respondió con voz dulzona la princesa, lanzando una rápida mirada á papá—conozco bien vuestra opinión sobre esto; pero permitidme que, en esta sola cosa, no sea de



vuestro parecer: reflexiono mucho, leo, pido consejo á todo el mundo, y no obstante, la experiencia me lleva á la convicción de que con los niños es preciso obrar por medio del temor y de las correcciones enérgicas. Para hacernos obedecer de los niños es necesario hacernos temer... No es verdad, querido primo? Y ahora os pregunto: qué cosa los niños temen más que las disciplinas?

En este punto lanzó la princesa sobre nosotros una mirada interrogadora, y he de confesar que me sentí en aquel punto profundamente turbado.

—Todo lo que queráis, pero el niño es niño todavía á los doce y aún á los catorce años; por lo que hace á las niñas ya es muy otra cosa.

«Qué dicha, yo pensé, no ser hijo suyo!»

—Eso es, eso es, querida—dijo mi abuela doblando otra vez mis versos y metiéndolos debajo de la cajita, como si no hubiese creído á la princesa digna de escuchar una obra semejante.—Si, sí, está muy bien; pero decidme, os ruego, qué clase de delicados sentimientos podéis, después de eso, exigir á vuestros niños?

Y creyendo, sin duda, incontestable ese argumento, mi abuela añadió para poner un término á la conversación:

—Sin embargo, cada cual puede tener su particular opinión acerca de esto.

La princesa no contestó, limitándose á sonreír con cierta condescendencia, como para expresar que también ella excusaba un tan extravagante prejuicio en persona que tanto estimaba.

—Ah! pero, hacedme el favor de presentarme á vuestros niños —dijo mirándonos y sonriendo amorosamente.

Nos pusimos en pie y fija la mirada en el rostro de la princesa, ninguno de nosotros acertaba en qué era lo que habíamos de hacer ó decir para demostrar que hacíamos conocimiento con ella.

—Besad la mano á la princesa—dijo papá.

—Nada más os pido sino que queráis mucho á vuestra vieja tía—dijo mientras besaba los cabellos de Volodia,—cierto que soy una parienta algo lejana; la verdad es que no cuento los lazos de amistad por parentesco—añadió dirigiéndose particularmente á mi abuela. Pero ésta, todavía enfadada con ella, respondió:

—Bah! querida, es que toma alguien la sola amistad por parentesco?

—Este será un hombre de mundo—dijo papá interviniendo y señalando á Volodia—y éste un poeta...—añadió mientras yo besaba la pequeñita mano de la princesa y mi imaginación me repre-

sentaba esa mano armada de unas disciplinas y bajo las disciplinas un cuerpo de niño lleno de cardenales y de sangre...

—Cuál?—preguntó la princesa teniéndome cogido por la mano.

—El pequeño, el de los bucles,—dijo papá sonriendo graciosamente.

«Qué mal le habrán hecho mis bucles?... no hay acaso otros asuntos de conversación?» pensé mientras me dirigía á un rincón de la sala.

Yo tenía el más extravagante concepto de la belleza—como que Karl Ivanovitch me parecía el hombre más bello del mundo,—



pero sabía perfectamente que yo no tenía nada de hermoso, y no me engañaba por cierto... He aquí porque siempre que se hacía alusión á mi físico sentíame fuertemente herido en mi sensibilidad.

Recuerdo muy bien que un día, mientras comíamos,—tenía entonces seis años—se hablaba de mí en la mesa, y mamá trataba de hallar algo hermoso en mi persona, diciendo que yo tenía unos ojos muy inteligentes, agradable la sonrisa... pero finalmente, cediendo á los argumentos de papá y sobre todo á la evidencia, veíase obligada á reconocer que, en efecto, era un poquitín feo. Al darle las gracias después de

la comida, me acarició y me besó en la mejilla, diciéndome:

—Has de saber, Nikolenka, que nadie te amará por tu hermosa cara, por lo cual habrás de esforzarte mucho más que los otros en ser inteligente y bueno.

Estas palabras de mi madre me convencieron no tan sólo de que yo no era nada hermoso, sino que además diéronme la seguridad de que yo sería un niño bueno é inteligente.

A pesar de todo esto, con frecuencia tuve después violentas crisis de desesperación, imaginándome que no podía haber felicidad en la tierra para un hombre que tuviese, como yo, la nariz demasiado larga, los labios gruesos y unos ojos grises y pequeños...

Entonces rogaba á Dios que hiciese un milagro, que me transformase en niño bello y gracioso, y hasta hubiera dado todo lo que tenía entonces y todo lo que pudiese tener en el porvenir á cambio de una buena y hermosa figura.